

La paz con Dios

Edward DENNETT

biblicom.org

Se quejan de que no poseen una «paz estable» y, en consecuencia, progresan poco en la verdad y en el conocimiento del Señor.

Esta insatisfacción no es de ninguna manera excepcional, ni mucho menos; sino que proviene de un conocimiento imperfecto del evangelio, y de la confusión de dos cosas diferentes. Espero, con la bendición del Señor, poder ayudarlos.

Su caso me recuerda precisamente a otro muy reciente. Le preguntaba a un amigo: «¿Tienes paz con Dios?» La respuesta fue «No siempre».

En ambos casos, hay confusión entre la paz hecha y el disfrute de la paz. Cuando usted está feliz en el Señor, dice: «Ahora, tengo paz». Pero cuando, como resultado de una falta o de una prueba, se encuentra deprimido y entristecido, piensa que su paz ha terminado.

Para responder a este estado de ánimo, le pido que considere cuidadosamente **cuáles son los fundamentos de la paz con Dios**. Es de un inmenso valor para el alma percibir claramente que estos elementos no son internos sino externos, porque entonces también veremos que nuestras experiencias están absolutamente fuera de la pregunta. Lea [Romanos 5:1](#): «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo». Si examinamos la conexión de este pasaje con lo que precede, inmediatamente sabremos cuál es la fuente de esta paz.

El apóstol, después de explicar los medios por los cuales Abraham fue justificado ante Dios, continúa: «Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» ([Romanos 4:23-25](#); [5:1](#)).

Estos versículos muestran claramente que **la obra de Cristo es la única base para la paz con Dios**. De hecho, habiendo puesto los cimientos, Dios declara que cualquiera que cree que Cristo vino en gracia y proveyó plenamente para la salvación del pecador, es justificado por eso mismo y, siendo justificado, llega a ser el poseedor de la paz que fue hecha por medio de la muerte de Cristo. También debe notarse que está escrito «el cual (Jesús, nuestro Señor) fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» ([Romanos 4:25](#)). La resurrección de Cristo es la prueba fundamental de la perfección de su obra, la certeza evidente de que los pecados por los que murió son borrados para siempre. Esta resurrección testifica que todo lo que Dios reclamaba de nosotros ha sido cumplido y satisfecho.

Porque si Cristo fue entregado por nuestros pecados y salió del sepulcro, habiendo resucitado de entre los muertos, los «pecados» bajo cuyo peso sufrió el juicio que nosotros merecíamos, son borrados; de otra manera, él habría permanecido prisionero del sepulcro. Así la resurrección de Cristo es la expresión distintiva y completa de la satisfacción encontrada por Dios en la expiación que fue hecha en la cruz.

Por lo tanto, es perfectamente obvio, como ya he dicho, que la única base para la paz con Dios es la muerte de Cristo. Esta verdad se repite constantemente en la Escritura: «Estando ya justificados en su sangre» (Rom. 5:9). «Haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Col. 1:20). Por lo tanto, fue Cristo quien hizo la paz con Dios, y la hizo a través de su muerte expiatoria, esa muerte que satisfizo cada una de las justas demandas de Dios sobre el hombre, y glorificaba a Dios en todos sus atributos. De manera que Dios puede ahora invitar al pecador a reconciliarse con Él (2 Cor. 5:20).

De estas explicaciones se desprende que la única pregunta que le importa al alma es la siguiente: «¿**Creo en el testimonio** de Dios acerca de su Hijo y de la obra que ha realizado?». Si hay alguna dificultad para responder a esta pregunta, no se puede esperar ningún progreso en este momento. Una simple prueba, sin embargo, ayudará a descubrir la verdad. ¿En qué confía usted para su aceptación ante Dios? ¿Se trata de usted mismo, de sus propias acciones, de sus propios méritos o de su dignidad? Si esto es así, usted no puede descansar en la obra de Cristo al mismo tiempo. Pero si estima que, por naturaleza, es desesperadamente incapaz y perdido, y si confiesa que no tiene esperanza alguna fuera de Cristo y de lo que Él ha realizado, entonces puede decir humildemente: «Por la gracia de Dios, creo en Jesucristo, el Señor».

Ahora supongamos que usted puede hablar de esa manera; entonces tened la seguridad de que tiene paz con Dios; nada le puede privar de ello, ningún cambio, ningún tipo de experiencia, porque esa paz es su propiedad inmutable e inalienable. La Escritura dice: «Justificados, pues, sobre la base **de la fe** (y usted dice que cree), **tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo**». Cada creyente –desde el momento en que cree– es justificado, liberado de toda acusación de culpabilidad y llega a ser «justicia de Dios en él (Cristo)» (2 Cor. 5:21). Siendo justificado, tiene paz –no paz en sí mismo, obsérvalo bien, sino paz por medio de nuestro Señor Jesucristo. La paz que ahora nos pertenece es la paz con Dios que Cristo ha hecho por medio de su sacrificio expiatorio. Y puesto que es la paz que él ha hecho, está fuera de nosotros mismos y nunca puede ser alterada o variada; es tan estable y duradera como el trono de Dios; porque, como lo hemos visto, es una paz que Cristo ha hecho por medio de la cruz; y lo que él ha hecho nunca puede ser

deshecho: por lo tanto, esta paz es eterna. Y esta paz inmutable, segura y eterna es la parte de todo creyente.

Así que lo que quiere decir cuando se queja de no tener una paz estable, simplemente significa que no disfruta de una paz estable, que sus experiencias cambian. Es bueno buscar cómo un creyente puede disfrutar de una paz constante en su alma. La respuesta es muy simple. Es por fe. Si creo en el testimonio de Dios, que la paz es mía por la fe en el Señor Jesús, entraré inmediatamente en su gozo.

Podemos ilustrar esto de forma muy sencilla. Suponga que, por la voluntad de un familiar fallecido, usted se ha convertido en el heredero de una rica herencia. Se lo hacen saber. El efecto que esta noticia tendrá en usted dependerá enteramente de si cree o no en lo que se le está comunicando. Si duda de la veracidad de este anuncio, no dará una respuesta válida. Pero si, por el contrario, si la noticia está debidamente atestiguada, usted la considera implícitamente cierta, dirá inmediatamente: «Esta propiedad es mía». Esto también se aplica a la paz con Dios. Si cree en el testimonio de Dios, que la paz fue hecha por la sangre de Cristo, ninguna debilidad de sentimiento, ninguna convicción de indignidad, ninguna circunstancia en absoluto podrá perturbar su confianza en este punto, porque verá que todo depende enteramente de lo que otro ha hecho. Lo que es necesario para disfrutar de una paz estable, es la confianza absoluta en la Palabra de Dios.

La causa de tanta incertidumbre sobre este tema viene generalmente de mirar dentro de uno mismo, en vez de mirar fuera, a Cristo. Miramos dentro de nosotros mismos para descubrir la prueba de que una verdadera obra de gracia ha comenzado en el alma, en lugar de mirar fuera para comprender que el único fundamento sobre el que el alma puede descansar ante Dios es la preciosa sangre de Cristo. La consecuencia es que, viendo en ella el mal, la corrupción de la carne, el alma comienza a preguntarse si, después de todo, no se ha equivocado, y Satanás perturbándola, llenándola de dudas y temores, para producir desconfianza hacia Dios, si no desesperación total. La forma de derrotar sus asaltos es usar la Palabra escrita. Para evitar sus sugerencias maliciosas, debemos responder como lo hizo nuestro bendito Señor durante la tentación: «Escrito está». Entonces pronto veremos que nada puede perturbar nuestro disfrute de esta paz con Dios, que fue hecha por la preciosa sangre de Cristo y que se hizo nuestra tan pronto como creímos.

Una vez resuelta esta cuestión fundamental, ahora liberado de la ocupación del «yo», tendrá plena libertad de alma y espíritu para meditar sobre la verdad tal como se revela en las Escrituras. «Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual

no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación» (1 Pedro 2:2). Además, si estudia la Palabra bajo la mirada del Señor, será guiado por ella a una comunión cada vez más íntima con Él. Asimismo, si contempla sus infinitas perfecciones y glorias, que son desplegadas ante nosotros por el Espíritu de Dios, su afecto será empeñado con cada vez mayor fervor, su corazón será finalmente satisfecho y expandido en adoración a sus pies, y su insatisfacción se transformará en un cántico de alabanza.